

—¡Ey, estoy acá arriba!



—Ya aterricé.

Yo no sé si vas a creerme. Es la historia de cómo aprendí a volar y me convertí en el mejor arquero del colegio.

Ahora estoy en segundo grado, pero la cosa empezó cuando tenía cinco años y todos los sábados por la mañana mi papá me llevaba al estadio a jugar fútbol.

A los dos nos encanta más que nada, pero al comienzo yo no la pasaba tan bien. Te contaré por qué.

Mi papá me levantaba temprano (eso no importa) y me uniformaba de pies a cabeza con la insignia de mi equipo. Después me daba la pelota para que la lleve como jugador profesional.

Entonces íbamos superemocionados a la cancha. Cuando llegábamos, había unos cuantos amigos de mi papá cambiándose. Como nosotros estábamos listos, nos poníamos a pelotear.

–Tú, al arco –me ordenaba mi papá.

–Pero yo no quiero ser arquero –le decía.

–Ahí va chorreadita... –decía mi papá y lanzaba un tiro suave que se metía al arco.

Mi papá gritaba GOOOLL y corría y sacaba la pelota. Entonces volvía a tomar distancia y hacía como si fuera a patear. Lo repetía varias veces, pero lo que hacía era pisar la pelota.

–Si no tapas ésta, eres un bichogordo

–me fastidiaba y tocaba la bola con la punta, muy despacio y ya iba a entrar...

Cuando aparecía yo más rápido que una bala y FUNNN me estiraba y lograba desviar la pelota con las justas.

–¡BUENA! –celebraba mi papá–. ¡ASÍ VAS A LLEGAR A SER UN GRAN ARQUERO COMO YO!

Me hacía unos cuantos disparos más y yo me sacaba el ancho para que no entre la bola: ponía la rodilla, el dedo meñique del pie, hasta la nariz. Lo que sea con tal que no entre.

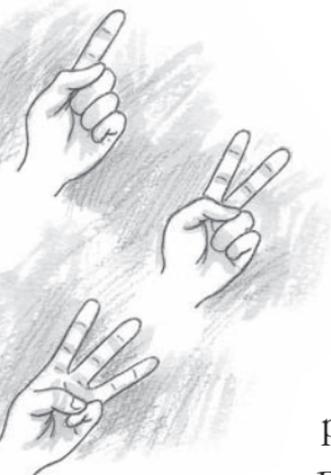
Pero después mi papá me quitaba la pelota y me decía:

–Ahora siéntate para que aprendas.

Y se ponía a jugar con sus amigos. ¡QUÉ TAL RAZA! Yo me quedaba (con un refresco en la mano) a mirarlos como un sonso. Yo no entendía cómo esos viejonazos panzones (con tu perdón papi) iban a jugar mejor que yo.

Entonces me sancochaba con el sol (si era verano) o me pelaba de frío (si era invierno), viendo a los amigos de mi papá cómo se pateaban y se gritoneaban.

Después de todo era un poco chistoso ver cosas como:



Uno: Que mi papi se pique porque le han hecho un gol por la guacha.

Dos: Que choquen dos gordiflones.

Tres: Que alguien se caiga de porongo y no pueda levantarse.

Después de mil horas regresábamos y yo le contaba todo a mi mami.

Ella siempre le decía a mi papá:

–Así le vas a quitar las ganas.

–Así se aprende –contestaba él–. Además sí lo he entrenado un poco.

–Pero... –yo le quería decir que al menos me dejara jugar un rato el partido.

–Nada... cuando crezcas –me interrumpía mi papá.

–Cuando crezcas... cuando crezcas –repetía mi mami.

–Así aprendí yo –decía mi papá.

–Pero yo no quiero aprender como tú –le contesté un día–, porque a ti te hacen muchos goles.

Entonces mi mamá miró a mi papá y se aguantó la risa.

–Ya déjate de chistosadas –dijo mi papá y

se fue molesto a duchar.

Siempre se baña rapidito y después yo. Mientras él se calatea, lo miro: mi papá no es tan joven ni tan viejo, pero ya está un poco calvo. Todavía está bien fuertazo y es supergritón cuando juega.

–Es que el arquero debe mandar en el equipo –me explica–. Nadie ve mejor todo el juego que él.

–Pero es aburrido –le digo.

–Nada que ver... –me contesta– tienes que estar superatento.

–Pero en mi salón siempre ponen al arco al más lentito –le digo–, porque ni se mueve. Está ahí parado como un espantapájaros.

–Es que no saben –me contesta–. El buen arquero debe estar siempre moviéndose y además en cualquier momento, en el instante menos pensado, FUNN tienes que tirarte a un lado... PUMM salir con los pies...

–Y también volar –digo yo.

–¡Claro! –grita mi papi–. ¡Volar de un palo a otro!





